

VICTIMA DEL URANIO

DOS tesis circularon días atrás en relación con el golpe de Estado del coronel Seyni Kuntché contra Diori Hamani, Presidente de Niger desde 1958, y en medio de la confusión subsiguiente. ¿Fue el «putsch» resultado de una intriga internacional en la que estarían implicados el coronel Gadhafi por un lado, y por otro, los Servicios Secretos de Francia, país éste más que ansioso de asegurarse la explotación de los ricos yacimientos de uranio de Arlit? ¿Fue simplemente la recuperación, por parte de militares descontentos, de una revuelta escolar e izquierdista contra el nepotismo y la corrupción del Régimen de Hamani?

Una cosa es cierta: París y Niamey no estaban de acuerdo sobre el precio que paga Francia por el uranio que importa del Níger y que representa una parte muy importante del total que consume. La antigua colonia francesa ocupa el quinto puesto en el mundo en cuanto a sus reservas del precioso metal, descubiertas por personal del Comisariado Francés de Energía Atómica. Los yacimientos más importantes, los de Arlit, son explotados por una sociedad internacional, la Somair, originariamente franco-nigeriana, pero a la que después se han unido alemanes e italianos. Un aumento del precio del uranio constituía la única tabla de salvación para este país (casi desértico y con una superficie equivalente al doble de la de Francia), el más afectado por la tremenda sequía que ha causado estragos en toda la zona sahariana, desde el Senegal hasta Etiopía. Diori Hamani, considerado durante mucho tiempo como uno de los más fieles amigos de Francia, viejo compañero de Huphuet-Boigny, se disponía a seguir el ejemplo del Gabón, país también productor de uranio y abastecedor de Francia.

El Presidente del Gabón había exigido espectacularmente en París un incremento en el precio del fabuloso mineral. Estas reivindicaciones se han venido a sumar a las exigencias de los países árabes productores de petróleo. Ahora bien, tanto en el caso del Níger como en el del Gabón, Gadhafi parece haber sido el instigador de la maniobra. El libio había conseguido previamente un triunfo difícil de creer: había logrado convertir al Islam al Presidente del Gabón, en un Estado que prácticamente no cuenta con musulmanes. Después, Gadhafi había firmado un acuerdo de cooperación muy estrecho con el Níger: asistencia recíproca en caso de agresión exterior o de subversión interior, cooperación económica y creación en Niamey de un centro islámico que se dedicaría a propagar las enseñanzas del Profeta. En marzo se habían celebrado conversaciones tripartitas entre Francia, Gabón y Níger para tratar del precio del uranio. Las conversaciones no habían conducido a nada, pero los participantes habían acordado una nueva reunión.

El Presidente Diori Hamani habría decidido entonces montar un gran golpe, nacionalizando los yacimientos de uranio. El golpe de Estado militar, teleguiado por agentes, habría tenido por objeto impedir esa maniobra. Elementos que abonan esta hipótesis: 1) se dice que un alto responsable francés tuvo en Niamey unas tormentosas conversaciones con Diori Hamani; 2) el primer ministro libio, coronel Yalud, que salió de Trípoli la tarde misma del golpe de Estado, se encontró con que se le prohibía aterrizar en Niamey, y no fue recibido hasta más tarde por los nuevos dirigentes; 3) el nuevo Jefe de Estado del Níger declararía posteriormente que se proponía estrechar las relaciones con París; 4) los «amigos» francófilos de Diori Hamani — y Huphuet-Boigny en particular — no han reaccionado favorablemente a la eliminación de su antiguo compañero.

Junto a esta hipótesis existe una realidad más pedestre y más siniestra a la vez. Desde hacía varios meses, el Régimen de Diori Hamani tropezaba con una oposición interior cada vez más resuelta contra su incapacidad para luchar contra el hambre que asola a ese país. Parte de las ayudas enviadas por diversos países y organizaciones internacionales había sido confiscada por una «élite» poco escrupulosa, próxima al poder, que revendía las mercancías en lugar de distribuirlas gratuitamente. Los primeros que denunciaron esa corruptela fueron los estudiantes nigerianos en Francia, a los que pronto se unieron los escolares de Niamey. Estallaron incidentes diversos y los establecimientos escolares hubieron de cerrar sus puertas, mientras que un sordo descontento se apoderaba de los oficiales a raíz de una malhadada reorganización del servicio militar. En una entrevista concedida a «Jeune Afrique», el Jefe del Estado no ocultaba su desconfianza hacia los cuadros del Ejército, pues sospechaba que simpatizaban con el movimiento estudiantil.

Diori Hamani sentía acercarse la tempestad. No ha sabido evitarla. Su mujer resultó muerta en la escaramuza entre el Ejército y su guardia personal.

Así, una vez más, al reino de



Diori Hamani a su llegada al Eliseo, en noviembre de 1973, para asistir a la primera cumbre francoafricana.

los políticos africanos formados en la escuela del parlamentarismo francés sucede un equipo de soldados salidos del Ejército colonial. Como Bokassa en la República Centroafricana, como Lamizana en el Alto Volta, como Eyadema en Togo, Kérékou en Dahomey, Traoré en Mali y Ramanantsoa en Madagascar, el teniente coronel Kuntché luchó en Indochina y en Argelia: decoran los pechos de todos ellos medallas francesas. Pero no todos ellos han vuelto la espalda a las ideologías de izquierda: El Congo se proclama marxista, y Ramanantsoa ha expulsado de Diego Suárez a los legionarios de Bigeard.

Es pronto para saber qué vía seguirá el nuevo amo del Níger. Por lo pronto ha dejado en libertad a todos los prisioneros políticos: ¿se trata de un simple gesto de alegría por haber conquistado el poder, o

de una maniobra política? Esos presos liberados son hombres de la izquierda, militantes del partido sawada de Djibo Bakary, primer ministro del Níger en 1958, que, junto con Seku Turé, fue el único que dio la consigna de votar «no» al referéndum del 58 y que reclamó la independencia inmediata. Diori Hamani, entonces jefe de la oposición, preconizó, por el contrario, «sí» a De Gaulle y a la Comunidad Franco-Africana. Si entonces ganó, hoy acaba de perder. Para Djibo Bakary, refugiado en Conakry, tal vez haya sonado la hora de la revancha. Pero en el África pretoriana de nuestros días, el Ejército no ha restituido el poder a los civiles más que una sola vez, en Ghana. En una sola ocasión, en un total de veintitrés golpes de Estado militares en once años. ■ RENE-GEORGES CLAUDE.